

ADMINISTRACION.

6, PINO, 6,
BARCELONA.

PUNTOS DE SUSCRICION

BARCELONA.

En la Administracion, 6, Pino, 6, y en las principales librerías.

MADRID.

San Martin, Puerta del Sol, 6, y en el resto de España y Américas en casa de todos los corresponsales de esta Administracion.

SUSCRICIONES Y ANUNCIOS

DEL EXTRANJERO:

GUSTAVO BENTFELDT.

Madrid.

Pedidos y reclamaciones á la Administracion, 6, Pino, 6, Barcelona. Pueden hacerse las suscripciones desde fuera, dirigiéndose á la Administracion y acompañando su importe en sellos de correo.



ROJA

PERIÓDICO POLÍTICO JOCO-SÉRIO

SE PUBLICA A LO MENOS UNA VEZ CADA SEMANA

LA MOSCA ROJA, número corriente cuesta 15 céntimos de peseta en toda España.— Queda absolutamente prohibido á los revendedores exigir un precio mayor por ella

PRECIOS de SUSCRICION.

BARCELONA.

Tres meses. 8 Rs.
Seis meses. 16 »
Un año. 32 »

PROVINCIAS.

Seis meses. 20 »
Un año. 40 »

ULTRAMAR Y ESTRANJERO

Seis meses. 40 »
Un año. 80 »

NÚMERO SUELTO CORRIENTE, ORDINARIO

En Barcelona, 4 CUARTOS

En el resto de España, 15 Cs. de Pts.

NÚMERO ATRASADO,

En toda España, 25 Cént. de Peseta.

REGALOS A LOS SEÑS. SUSCRITORES

Verificándose la suscripcion por 1 año, pueden obtenerse las ventajas siguientes:

- 1.ª—Rebaja de un 10 por 100 sobre todas las obras que publique la administracion de este periódico. 6, Pino, 6, Barcelona.
- 2.ª—Regalo del *Almanaque de la Mosca* para 1883.

EL SERMON DEL CURA.

—¿Vamos, doña Pepa?
—Sí; ya bajo, vecina.
—No tarde V., que el señor cura hace media hora que pasó por aquí y muy pronto empezará el sermón. No vayamos á perder el introito; alijere V.
—Voy, voy. Quiero dejarlo todo bien arregladito para que luego mi esposo no me eche otro sermón de distinto carácter que el del señor cura.
Pasan cinco minutos y la beata impaciente vuelve á repetir:
—Pero, doña Pepa, ¿no baja V.? ¡Bendito sea Dios que le ha concedido una calma tan envidiable! Por culpa de V. me parece que no vamos á llegar á tiempo. ¡Perder el introito! ¡Qué lástima!...
—Ea, ya me tiene V. aquí.
—¡Gracias á Dios, hija! Si tarda V. un momento más me marcho sola.
—No he bajado antes porque he tenido que acostar al niño y arreglar en la cocina varias cosas, entre ellas poner el cocido con lumbré suficiente para que cuando venga mi marido del trabajo, se lo encuentre todo á pedir de boca. ¡Ay vecina, si mi esposo supiera que abandono los quehaceres de la casa por ir al sermón!... Dios quiera que no se entere, porque de lo contrario buen jaleo tendríamos esta noche!...
—Doña Pepa, no concibo como ha tenido V. valor para casarse con un hombre tan hereje. Precisamente, sobre la herejía versa el sermón de hoy. ¡Qué buenas cosas dirá el señor cura!
—Pues vamos y en el camino continuaremos nuestra conversacion.
—No cierra V. la puerta?
—¡Ah, sí! ¡Jesús, en que estaria yo pensando! Así; ya está. ¿Vamos?
—Y á buen paso, hija mía. Recuperemos el tiempo perdido. La suerte que está cerca la casa de Dios. Hablando de otro asunto: ¿lleva V. las tres pesetas de limosna para ayudar á la novena del bendito san Hipacio?
—Sí; en el bolsillo las llevo. Estos doce reales estaban designados para comprarle á mi hijo Juan un libro de lectura que tiene que llevar á la escuela... Pero V. dice que es necesario complacer al señor cura...
—Las limosnas de los fieles son indispensables. Sin ellas no podríamos admirar muchas funciones religiosas que tanto influyen en la salvacion de nuestras almas. El bendito san Hipacio, que es sumamente milagroso, recompensará los sacrificios que se imponga V. por fomentar el sagrado culto.
—Falta me hace que el santo se acuerde de mí.
—Ea, ya estamos en la iglesia. Gracias á Dios que no llegamos tarde. Todavía no ha comenzado á predicar el señor cura. Mire V. á la señora de Lopez con que lujo viene. ¡En qué pararán estas misas!...

El sermón ha terminado.
El místico predicador ha puesto como chupa de dómine á los obreros que trabajan en día de fiesta, á los que no asisten á sermones de conversion, á los que no confiesan semanalmente, á los que se habitan á la lectura de periódicos liberales y se motan de las publicaciones *carcas*, y á los que no respetan la inviolabilidad del clero.
El buen *pater* se ha permitido invertir en su predicacion cuatro ó seis horas, y ha concluido incitando á los fieles á

que contribuyan con los donativos que puedan, para invertirlos en el culto del glorioso san Hipacio.

El cree que ha logrado un triunfo con sus inspidos argumentos, cuando solo ha conseguido aburrir á una parte del auditorio, indignar á la otra y escuchar las repugnantes adulaciones de aquellas beatas que acudieron despues á la sacristía, á depositar las limosnas para la novena de san Hipacio, obispo, mártir, confesor y quizá vírgen.

Doña Pepa y su religiosa vecina regresan á sus respectivas casas.

Vienen convertidas en dos santas mujeres. No se atreven á levantar los ojos del suelo. Cuánta humildad y cuántos golpes de pecho se siguen propinando.

Doña Pepa, es la primera que se ve agraciada con los milagros de San Hipacio.

El niño pequeño que dejó dormidito en la cama, se ha rodado al suelo y tiene la cabeza medio rota.

Los guisos que puso en la lumbré para que concluyeran de sazonzarse, se han transformado en unas masas negras, de un olor pésimo.

Cuando vuelva el pobre marido, harto de trabajar y deseoso de confortar su estómago, tendrá la satisfaccion de encontrarse la comida carbonizada y su hijo con la cabeza abierta.

Pero en cambio su devota mujer ha oido de cabo á rabo el provechoso sermón del señor cura y ha depositado en la sacristía doce reales de limosna para hacer la novena del milagroso san Hipacio.

Así que doña Pepa le participe á su compañera de sermones lo sucedido, esta dirá, probablemente, que tales desgracias son un castigo que el santo envía á su esposo, por las escasas creencias religiosas que posee y por el exiguo respeto que le inspiran las sotanas.

¿Quién se atreve á refutar un argumento tan convincente?

Este clerical axioma no admite objeciones.

Lo acepto.

No podrán tacharme de hereje los clérigos.

¡Me causaria tanta pena!

¡Hereje! ¡Que horror!

MENDEZ.

A EL

En el estudio de un pintor habia un borrico en un lienzo retratado. Más tarde este retrato fué borrado porque el pintor tal cuadro no vendía.

Sobre el lienzo borrado, al otro día un general miróse bosquejado, y cuando estuvo el cuadro terminado se notó del artista la maestria.

¡Qué semblante, qué casco, qué plumero!

—Sin retocar el fondo tu obra dejas!

preguntóle al artista un compañero.

Amigo, mal tus lienzos aparejas.

Cubre el fondo mejor. Tias del guerrero asoman del borrico las orejas.

MENDEZ.

PICADURAS.

Se ha vuelto á hablar con insistencia, de un gabinete *entreverado*, presidido por el Sr. Posada. Nos parece que esta *posada* no admite ya arrieros. Está hecha un carcajar. Lo único aprovechable son las orejas. Para exhibirlas en un portal como fenómenos. Se haria negocio.

El *Imparcial* juzgando el discurso de apertura de tribunales, dice:

«Pasando de la parte criminal á la civil, decae grandemente el trabajo del Sr. Romero Giron.»

Aceptamos la apreciacion del colega.

D. Vicente siempre se ha distinguido en la parte criminal.

Que se lo pregunten á Monasterio.

Un diario asegura que el eminente tenor Gayarre, no cantará este año en España.

En su lugar tendremos al pájaro Práxedes que cantará en la mano.

Si antes no canta la gallina.

El Sr. Gamazo irá á Valladolid para las próximas ferias. Se ignora si establecerá alguna tienda de guanos fusio-nistas.

Nos enteraremos.

Un rayo que penetró en el convento de monjas de San Daniel, inmediato á la ciudad de Gerona, no hizo más que estos destrozos: dejó sorda á la priora, hechó por tierra un tabique, lastimó á una religiosa, destruyó todo el cimborio que la fábrica corona, las campanas quebrantó, las imágenes rompiólas, hizo pedazos el órgano y hasta cuarteó una bóveda; y fué un *milagro patente* que no rompiera más cosas.

Se piensa solemnizar en Madrid con un gran banquete el 591 aniversario del descubrimiento de América por Cristóbal Colon.

El descubridor del Nuevo Mundo murió en la más espantosa miseria.

Hoy pretenden solemnizar su memoria con un banquete. Como si se tratara de algun fondista.

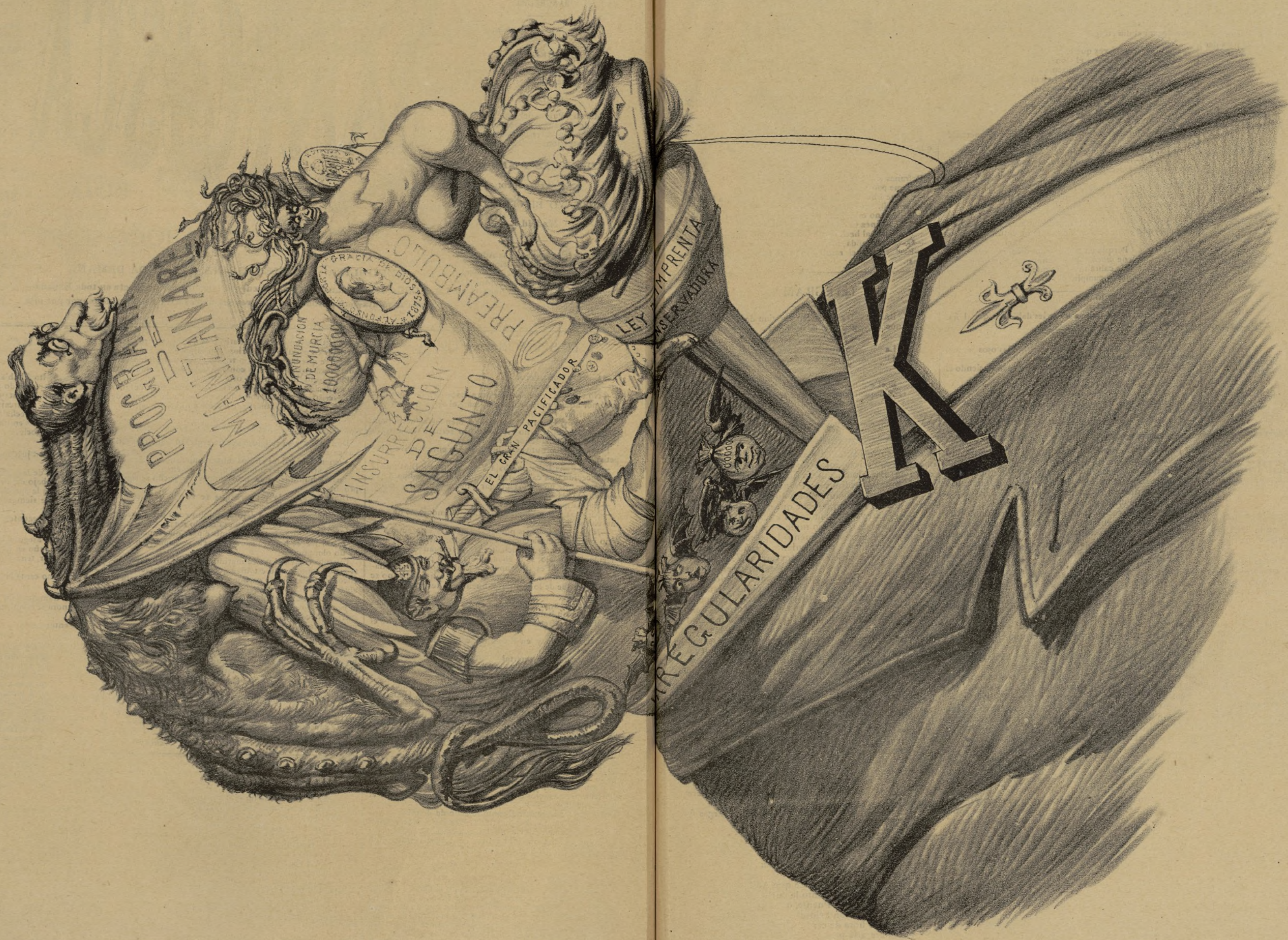
O del inventor del potaje.

Un periódico de Valladolid, dice que allí es esperado para Octubre el señor duque de la Torre, con el objeto de estudiar las operaciones de la vendimia.

Pero este señor duque ¿va á convertirse últimamente en agricultor?

En la Coruña se declaró montaraz, mejor dicho, partidario de los montes, y ahora estudiante de la vendimia.

LA MOSCA ROJA



El monstruo conservador.

Ayuntamiento de Madrid

Anunciaremos con oportunidad á nuestros lectores, si el jefe de la izquierda llega á declararse admirador del arado.

Retazos de la clérigalla:

El Orden Público, de Búrgos, dice que sería oportuno que el Sr. Arzobispo prohibiese, siquiera por evitar el escándalo, que los sacerdotes dirijan en los portales de la Plaza Mayor piropos á toda mujer que pasa, sin respetar edad ni estado, y que se les vea envueltos con las sombras chinescas por el Espolón nuevo, Quintana y otros oscuros lugares, como puede ver, el que guste, todos los días.

Sabemos de un marido, añade, que todas las noches hace pasear á su mujer algunos pasos delante de él para dar á un sotana su merecido, si la dice, como suele, chicoleos.

Esto lectores enseña
que á la gente del incienso
le hace falta menos pienso,
y doble ración de leña.

Leemos:

«El Sr. Montero Ríos se queja del Sr. Martos.
El Sr. duque ha llevado á Galicia las quejas que el señor Martos tiene del Sr. Montero Ríos.

Los dos se quejan del Sr. Moret.

Y por último, el Sr. duque se queja de los tres y de todo el mundo.»

De lo que se deduce que la izquierda continúa fracturada.

Sus quejidos lo atestiguan.

¿Por qué al doctor Garrido
no acude este partido tan partido?

Su total curación tal vez lograra
si por jefe á Garrido proclamara.

Pruebe, pruebe la izquierda,
que quizás el galeno le dé cuerda.

Redondilla disparada desde un semanario católico:

«Santa Barbara, que truenas;
me meto en el campanario
porque como hay tormenta
me puede partir un rayo.»

Hombre, sí, métase V. corriendo. Sería una lástima que le sucediera algún percance.

Pero no haga V. mas versitos, porque entonces de seguro lo divide una centella.

Aunque se metiera V. en el campanario.

Bromas fusionistas:

El Sr. Rute.—¡Apunten!...

El Sr. Sagasta.—¡Fuego!...

El duque de Fernán-Núñez.—¡Pum!...

O de otra manera:

Pistola: el Sr. Rute.

Tirador: el Sr. Sagasta.

Blanco: el duque de Fernán-Núñez.

Tiro de pistola: «Les Matinées Espagnoles.»

Dueño del tiro: el barón Stock.

El que paga... el pato: D. Nadie.

Diálogo entre dos empleados de Fomento.

—¿Has visto lo que ha dispuesto el Sr. Gamazo?

—¿Qué?

—¡Que ahora es indispensable saber leer y escribir para estar empleado en Fomento!

—¡Canastos! Se van poniendo las cosas de una manera, que llegará el día en que no podremos ser ni empleados.

Cierta vez que el general
peroraba en el Congreso,
al terminar su discurso
comenzó á silbar el viento.
Sacó el sable de repente
el orador D. Arsénio
y dijo:—Ese que ha silbado
que se lleve al saladero.

Un zurdo impaciente.—Señor duque, cuando metemos cabeza?

El duque.—Hijo mío, cuando la tengamos.

El zurdo.—Lleva V. razón. No me acordaba que nuestro partido está decapitado.

Constante pesadilla del Sr. Martos:

—¡Todo se ha perdido menos el honor! ¡Dios quiera que no me seduzcan!

El jefe de los izquierdistas, manifiesta en un retazo de discurso que pronunció en Tuy, que es entusiasta de los montes.

Porque en ellos, según dice,
tiene mucho que estudiar.
Si; la cabra tira al monte.
Aquí se cumplió el refrán.

Anuncio de un periódico:

«Se dá dinero á militares.»

Nosotros creíamos que ya no se les daba más que leña. Lo celebramos.

Leemos en un colega santanderino que los osos siguen haciendo de las suyas en Cabuérniga.

En Madrid los fusionistas son los que siguen haciendo el oso.

¡Cuándo se acabarán sus osadías!

Un individuo gritó en una calle de Madrid:—¡Viva la república!

Y la policía le respondió:—¡Muera el atrevido!

Y lo sopló en la cárcel.

Y... todo español tiene derecho de emitir libremente sus ideas y opiniones, ya de palabras, ya por escrito etc.

Eso dicen.

¡Puede haber mayor sarcasmo!

Reflexiones:

Sagasta.—Yo no me voy.

Canovas.—El rey me llama.

El duque.—Triunfe la izquierda.

España.—¡Qué tres alhas!

Entre dos amigos:

—¿Cómo está tu vieja prima, que estaba tan mala?

—Reventó.

—Y tu eres su herejero, eh?

—Que tonto eres... Si hubiese tenido esta suerte no diría que mi prima reventó, sino que *ha subido al cielo*, como ahora se estila en el *bon ton* de Barcelona.

En París existe una «Sociedad de los miopes.»

En España también; la constituyen todos los fusionistas que no ven la que se les viene encima.

Refranes en boca de politiqueros:

—Dame pan y dime tonto (*Sagasta*).

—El que á buen árbol se arrima, buena sombra le cobija. (*Sardañal*).

—El que no está hecho á bragas las costuras le hacen las. (*Fernández Campos*).

—En dicho al hecho, ya mucho trecho. (*El duque*).

—Quien mal anda, mal acaba. (*Castelar*).

—El comer y el rascar, todo es hasta empezar. (*Cárovias*).

TELÉGRAMAS

Búrgos.—Dos curas por cuestion de celos anoche se agarraron de los pelos.

La clérigalla usando libres tropos acedia á las mujeres con piropos.

Si el escándalo pronto no termina tendrá que recurrirse á la estrignina.

Un acólito.

Imprenta La Renaixensa, Xucá, 13, bajos.

MISTERIOS DEL HOSPITAL

NARRACION REALISTA POR EL DOCTOR
EMILIO SOLÁ

cariz. Le llamé agorero y alarmista, y como durante medio año no se notaron progresos en la afección, hasta llegué á olvidarme de mis máculas y sus ligeras escamitas.

«A la primavera siguiente, las manchas se agrandaron, el cutis se puso duro como pergamino: yo sentía un ardor, principalmente por la noche, como si tuviese ortigas en la cara. Consulté varios facultativos, me aplicaron unos polvos de color de rosa, me dieron agua de la Puda, y esperando el resultado de ese plan, me puse mucho peor; algunos puntos se cubrieron de ulceritas y de escamas blancas parecidas al salvado, y el mal, cobrando impulso y extensión, llegó á la mitad de la mejilla y al otro lado de la nariz.

«Entonces, verdaderamente espantado, y creyendo que los medicamentos habían sido la causa del empeoramiento, partí para Madrid, en donde me dijeron encontraría un especialista de reputación europea, para las enfermedades de la piel. Llegué, pues, á Madrid, y me entregué al doctor Olavide, bajo cuyos cuidados, en tres meses, se combatió y se redujo la tenacidad de aquella afección, después de haberme tragado, con una paciencia heroica, más de cincuenta kilogramos de aceite de hígado de bacalao, porque «el doctor Olavide, me dijo un ayudante del Hospital de San Juan de Dios, no sabe curar dermatosis lupinosas á individuos como V, sin que les cargue de aceite, aunque revienten.» Sea como fuere, cesó el mal y salí del paso con una cicatriz profunda y rosada paralela al borde de la nariz. Pagué sus honorarios y le hice un buen regalo, cuyo valor centuplicaba al importe de la curación.»

Al llegar aquí, Vargas y Puente suspendieron la lectura y empezaron á liar un cigarrillo.

—Sabes, dijo el primero, que es muy admirable todo esto?

—No me parece tanto; es una simple crónica.

—Ya; pero me extraña que ese pobre Andrés, al recordar sus felices tiempos, no haya arrojado el lápiz lleno de pena y desesperación. Se necesita buen humor para escribir estas cosas con tantos detalles; yo

te juro que, si estuviese en su lugar, no lo tendría ni ficticio ni verdadero.

—Tenemos, pues, que el doctor Olavide le curó el lupus en su primera invasión. Veamos ahora cuanto tiempo permaneció inmune, y luego nos iremos á casa, antes no cierren el Hospital.

«Vuelto á Barcelona, contento con este triunfo de la medicina, me entregué de nuevo al trabajo, frecuenté la sociedad, y tomé algunos baños por consejo del sábio especialista madrileño, y como éste me recomendó al doctor Mendoza, considerándole como una notabilidad en cirugía, fui á verle y me aconsejó mucho cuidado en irritarme la piel de la cara, y además el uso del agua de Tona, manantial iodurado y clorurado que se halla cerca de Vich. Entonces estaba de moda el agua de Tona, porque hacía poco tiempo que se había descubierto.

«Compré una casa de campo situada en un pintoresco rincón próximo á Sarriá; era una linda casita, una torre como dicen en el país, con jardín, bosquecillo, agua cristalina y gran extensión para ejercitarme en el tiro. Muy cerca de allí, al revolver los bordes de un torrente, se levantaba otra casa antigua, pero de rica construcción y cuajada de flores. En Agosto vinieron sus dueños, pero apenas tuve tiempo de verles. Como yo tenía bastante dinero no me faltaban amigos en aquel sitio solitario, y cazando y tirando al blanco, ó subiendo al *Tibidabo* en comitiva, pasaba el tiempo sin fijarme en mis vecinos.»

Vargas interrumpió al lector.

—Chico, todo esto es largo y monótono, y van á cerrar; vámonos ya.

—Bueno, pero déjame acabar esta primera libreta; faltan dos páginas.

«Pero un día hubé de entrar en el parterre de aquel bello palacio. Uno de mis dogos, que era muy discolorado é indomable, se metió por la verja, encontrando allí al perro guardián de la casa; ambos empezaron á reñir furiosamente. El colono apenas podía separarlos; cuando yo entré estaba el buen hombre muy atareado estirando la cola á su perro. Yo dí un buen culatazo con la escopeta á mi *Bismark*, le reñí fuertemente y cayó sumiso á mis pies. Entonces el colono me preguntó si era yo el señor Vilaroya, y nos pusimos á hablar de mil fruslerías, de perros, de aguas, de criaderos, de conejos, y cómo reparó que mis ojos se fijaban en un árbol de vistoso follaje que daba ancha sombra, me explicó que el árbol era un castaño de Indias plantado por su abuelo; me ense-

ño otras curiosidades de plantío y jardinería y luego me dijo con cierto misterio: «Hoy que los señores están en Barcelona, quiero que vea V. las habilidades de nuestro jardinero.—Prefiero esperar otro día y visitarlas en compañía de los dueños.—Por supuesto; en cuanto lleguen les diré que nuestro vecino don Andrés Vilaroya ha estado aquí á ofrecerles sus respetos y su casa; pero eso no le hace para que ahora recorramos algo, cuando menos la parte derecha del terreno.—No tengo inconveniente... señor...—Braulio! me llamo Braulio Seco, para servir á V.—Y cómo supo V. mi nombre?—Ah! dijo riendo, en el campo todo se sabe, y eso que apenas leemos el diario.

«Mirando flores y estatuitas y limpidos estanques en cuyo cristal flotaban vistosos ánades, llegamos á un extremo de la avenida; desde allí se entraba á un bosquecillo muy frondoso. Yo sentí tanto fresco al entrar en la sombra, que, instintivamente, me pasé el pañuelo por la cara, enjugándome el sudor que el sol me produjo en el parterre. Braulio, á quien no se le escapaba nada, y era servicial como pocos, exclamó: ¡Por vida mía! me estoy olvidando de que V. llegó cansado y no le conviene este airecillo ni la humedad del musgo! Pero pronto podrá V. sentarse en el pabellón de las hiedras y no me rehusará V. un vaso de leche fresca, puesto que son las nueve de la mañana y V. habrá comido poco andando tras los pajaritos.—Se agradece, pero en casa me espera el almuerzo.—La leche le abrirá el apetito. Quieras que nó, hube de sentarme en un lindo kiosco de estilo japonés, cuyas ventanitas, en vez de persianas, tenían hiedras de brillantes hojas. ¡Cómo me acuerdo de aquel pabellón japonés, con todos sus adornos y sus mil caprichos de floricultural! En él ví por primera vez á Herminia de Angulo...»

—¡Herminia de Angulo! exclamaron Vargas y Puente llenos de asombro.

CAPÍTULO XX.

Sunt lacrymæ rerum.

La singular coincidencia de que Andrés conociese á Herminia, acrecentó tanto la curiosidad de los dos jóvenes, sobre todo de Puente, que, olvidándolo todo, se pusieron á leer con avidez, sin calcular cuán próxima estaba la hora de cerrar el Hospital, y sin tener la espera necesaria para salir de allí y leer los apuntes en su casa.